

—Ciertamente, no puedo menos de decir que es muy hermosa.

—Parece un ángel. ¡Qué expresión tan sublime tiene su mirada, qué candidez hay en su frente, qué blancura en su cutis!

—Marqués,—interrumpió el monarca al oír las admiraciones de Grimaldi,—¿sabes lo que creo?

—Vuestra majestad me dirá.

—Que me atribuyes haber experimentado una emoción que ha sentido tu alma en presencia de esa joven.

—¡Ah! os juro que la admiro como cuando se contempla una obra de arte, pero nada más.

—¡Hablas de ella con tanto fuego!

—Porque verdaderamente es muy hermosa. Por lo demás, señor, yo me he retirado hace tiempo de las campañas del amor: me sucede lo que á los soldados viejos, que no apetecen más que la quietud.

—Lo mismo me sucede á mí.

—En el corazón de vuestra majestad resta más fuego que en el mío. Esto depende del temperamento de cada cual. Vos habéis tenido acentuadas pasiones.

—No te lo niego.

—En cambio yo he mirado siempre á las mujeres con cierta indiferencia: nunca me subyugaron.

—No obstante, no me negarás que es muy dulce dejarse subyugar por una mujer hermosa.

—Sobre todo cuando es casi una niña, como la pensionista que acabamos de ver en las Comendadoras.

El rey guardó silencio un instante.

Luégo dijo:

—Marqués, no puedo negarte que si hubiese conocido á esa niña hace algunos años, esto es, cuando conservaba el brío de mis pasiones, es seguro que hubiera hecho alguna tentativa para conseguir su amor.

—Que hubieseis logrado desde luégo.

—¡Quién sabe!

—Y aun hoy si os lo propusieseis, os sucedería lo mismo.

—No lo creo.

—En cambio, yo en esta ocasión difiero por completo de vuestras opiniones.

—¡Estoy tan viejo!

—Cualquiera al oír á vuestra majestad creería que os halláis en la senectud. Aun hay fuego en vuestros ojos, y más todavía en vuestro corazón.

—Eso sí, Grimaldi, no puedo negarlo; como has dicho muy bien, el corazón no envejece.

—Y tengo la certeza de que si siguieseis una aventura amorosa con la pensionista, desaparecería por completo el hastío que sentís.

— Puede ser.

—Habiendo, pues, esta esperanza, ¿por qué no intenta vuestra majestad hallar alivio en sus preocupaciones?

—¡Doleríame tanto sufrir una decepción!

—¡Una decepción! ¡Esto es imposible! ¡Qué pocas serán las damas que se nieguen á concederos su amor!

—O á fingirlo, por lo menos.

—Lo cual es suficiente: odio la mentira en los labios de los hombres, pero en los de las mujeres hasta me parece agradable y hermosa.

Al terminar esta frase, el coche penetró en palacio por la puerta del Príncipe.

El rey y Grimaldi echaron pie á tierra.

—Marqués, —dijo el primero, —tengo que reflexionar sobre lo que hemos hablado.

—Perfectamente.

—Mañana vé á mi cámara.

—¿A la hora de costumbre?

—Sí.

—No faltaré á la orden de vuestra majestad.

El rey penetró en su estancia.

—Verdaderamente, —exclamó, —esa joven es angelical; sus facciones traen á mi mente gratas memorias de la hermosa juventud. Es preciso recordar aquellos tiempos.

Mientras el rey halagábase con estos pensamientos, bien lejos de suponer que la pensionista era hija de la mujer á quien tanto quiso, el marqués de Grimaldi también ensimismábase en sus ideas.

—Tengo esperanzas de adquirir de nuevo mi influencia cerca del soberano, —se decía; —creo que he puesto el dedo en la llaga. Mañana insistiré en la misma conversación, y don Carlos estará más explícito. Fuerza es hacer cuanto posible sea para gozar de nuevo de la privanza de su majestad.

Grimaldi apoyó su frente en la diestra.

—¿Quién será esa joven? — preguntóse luego. — Debe pertenecer á una familia distinguida. — ¡Quién sabe si veremos en breve reproducirse que un monarca altere la paz del convento, como hizo Felipe IV con la religiosa de San Plácido! Dispuesto me hallo á desempeñar mi papel de conde-duque de Olivares.

El resto del día tanto don Carlos como el ministro estuvieron presos de la mayor preocupación.

El primero no apartaba de su mente la imagen de Adelina.

En cuanto al segundo, esperaba con impaciencia que llegase la hora en que el rey habíale citado.

Como no hay plazo que no se cumpla, llegó en breve el término del que esperaba el ministro.

A la mañana siguiente, media hora antes de la convenida, Grimaldi dirigióse á palacio.

El rey hallábase en su cámara.

El ministro, después de besarle la mano, dijo:

—Ya recordará vuestra majestad la promesa que ayer me hizo.

—Con efecto, te dije que hablaríamos un rato respecto á la pensionista.

—¿Y ha vuelto á acordarse de esa joven vuestra majestad?

—Te confieso que sí. Apenas nos separamos ayer vine á esta estancia y estuve pensando en esa joven. Cuando me retiré á mi dormitorio, tardé mucho en conciliar el sueño, siempre pensando en lo mismo; y cuando conseguí dormirme, he soñado con ella, ni

más ni menos que hacía en los primeros años de la juventud, cuando impresionábame la hermosura de una mujer.

—En ese caso, si á vuestra majestad le parece oportuno, lo que debe hacerse primero es informarse de quién es esa joven, quiénes son sus padres, ó si es huérfana.

—Esto último convendría para nuestro plan.

—Yo me encargo, señor, de hacer cuantas averiguaciones sean necesarias á fin de que vuestra majestad obtenga más facilidades.

—Sin perjuicio de que uno de estos días volvamos al convento, para ver de nuevo á la pensionista.

Grimaldi permaneció una media hora más en la regia cámara, versando el diálogo sobre el mismo tema, que por ser el que halagábale al monarca había de ser el elegido necesariamente por el ministro.

Éste, despues de reiterar á don Carlos el ofrecimiento de que muy en breve había adquirido cuantos pormenores eran necesarios respecto á la joven, salió de la cámara.

Al salir de palacio dirigióse á su casa.

Una vez que estuvo en una de las estancias, agitó el cordón de la campanilla.

Presentóse su ayuda de cámara.

Éste era un hombre de cincuenta años, que hallábase al servicio del marqués hacía mucho tiempo.

—Celebro que seas tú el que ha acudido á mi llamamiento, Manuel.

—¿Qué ordena el señor marqués?

—Cierra esa puerta. Voy á confiarte una misión algo difícil, pues se necesita obrar muy discretamente.

—Señor, ya sabéis que siempre fuí reservado.

—Me consta, y por esto no dudo en confiarme á tí.

—Mandad, señor.

—Es necesario que con la mayor urgencia te dirijas al convento de las Comendadoras de Santiago.

—Muy bien.

—Una vez allí, á fin de poder entrar, encargas á las madres un plato de dulces ó lo que se te ocurra.

—Perfectamente.

—Lo necesario es que conozcas á un viejo demandadero que allí reside, y que, sea del modo que sea, entables conversación con él.

—Esto no me parece difícil.

—No te importe darle una buena propina si consigues saber por su conducto quién es una hermosa pensionista que se halla en el convento.

El marqués entregó á su ayuda de cámara unas cuantas monedas de oro.

—Con esta llave, —dijo, —se abren todas las puertas y son indiscretos todos los labios. Ánimo, pues.

—Descuidad, señor: paréceme que he de cumplir la comisión que me encomendáis á medida de vuestro deseo. ¿Sabéis si en las Comendadoras hay alguna otra pensionista?

—Creo que no; pero no puedo asegurártelo de un

modo concreto. Es una hermosísima joven de ojos azules y rubia cabellera.

—Bien: bástanme estos pormenores. ¿Mandáis alguna otra cosa?

—Nada más, Manuel.

El ayuda de cámara salió del aposento.

—¡Quién había de decir,—exclamó mientras aventurábase por la escalera,—que el marqués volviese á sus años á tener aventurillas de amor! En fin, yo cumpliré su encargo como desea: no he de perder el tiempo, seguramente.

Manuel repasó el zaguán.

Luégo dirigióse hacia la calle de Quiñones.

La puerta del convento de las Comendadoras hallábase cerrada.

El criado disponíase á llamar cuando la puerta abrióse lentamente, dando paso á un anciano de risueña fisonomía.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que era Sebastián el demandadero.

Manuel aprovechó aquella circunstancia para empezar á hacer sus gestiones, como verán nuestros lectores en el capítulo siguiente.





CAPITULO LXXXIX

Donde Grimaldi se admira de la actividad de su ayuda de cámara.



ois el demandadero de este convento?
—preguntó á Sebastián el ayuda de
cámara del marqués.

—Para servir á Dios y á vos, —res-
pondió el interpelado.

—En ese caso, necesito haceros una
pregunta.

—Cuántas queráis, —respondió el
demandadero con su acostumbrada
solicitud.

—¿Tenéis mucha prisa?

—Siempre la tengo, porque las madres no me dejan
parar ni un instante.

—Os volverán loco.

—¡Ay, amigo mío! ¡No podéis imaginaros lo que aquí se trabaja! Y como yo no sé decir que no á nada, me tienen hecho un verdadero zascandil. A una se la antoja que vaya á la tienda por tal ó cual cosa; la otra me encarga que la compre estampitas; en fin, que únicamente un hombre de mi actividad puede resistirlo con paciencia.

—Si tantas son vuestras ocupaciones, esperaremos una ocasión oportuna para tomar un refresco en una botillería.

—Si lo que necesitáis decirme es urgente, estoy á vuestra disposición; que espere un poco la madre Virtudes, que me ha encargado que la compre sedas de colores para bordar un acerico.

—Vamos, pues.

El demandadero y el criado dirigiéronse á la botillería más próxima.

Una vez en el establecimiento sentáronse junto á una mesa, y Manuel ordenóle al mozo que les llevase un refresco.

—Al instante, —respondió el dependiente.

Manuel comprendió desde luégo el carácter del hombre con quien iba á tratar.

Nada más fácil que sorprender la buena fe del demandadero.

—He oído ponderar, —dijo el ayuda de cámara, — unos confites que se hacen en el convento donde servis.

Con efecto, la madre Magdalena es una especia-

lidad para esas cosas. Hace unos almendrados que se chupa uno los dedos de gusto. ¡Qué manos tiene esa bendita mujer!

—Y también harán cestitos para colocarlos.

—Para esto la madre Ana y la novicia Rosario.

—¿Hay muchas novicias?

—Una tan sólo, pues la hija del conde de Villalares profesó hace poco. También hay en el convento una pensionista; pero hasta ahora no he visto que despliegue habilidades para nada.

—Será una joven que vi hace poco, una tarde que vine á comprar unos dulces en conserva.

—Es muy posible.

—Refiérome á una hermosa joven de rubios cabellos y ojos azules.

—Precisamente.

—Su aspecto es distinguido.

—Pertenece con efecto á una ilustre familia.

—¿Tiene padres?

—Según tengo entendido, perdió hace pocos meses al autor de sus días, que era el conde de Massi.

—¿El conde de Massi?

—Sí, señor.

—¿Y qué tal muchacha es la pensionista?

—Muy sosa, siempre está llorando: se conoce á la legua que ha tenido recientemente algún grave disgusto.

—¿Su nombre?

—Adelina.

—Puede ser que el origen de su aflicción sea algunos amores contrariados.

—;Qué sé yo! ;Quién es capaz de saber lo que se oculta en el corazón de una doncella!

Manuel había conseguido su objeto.

No necesitaba adquirir más noticias respecto á la pensionista, supuesto que el demandadero no había de poder proporcionarle otras de mayor interés.

Despidióse de Sebastián.

Éste, antes de separarse del ayuda de cámara, le hizo todo género de ofrecimientos.

—Ya sabéis que podéis mandar libremente, —dijo: —me llamo Sebastián García, y me tenéis á vuestra disposición para todo aquello en que puedan seros útiles mis insignificantes servicios.

—Mil gracias. En cuanto á mí, soy ayuda de cámara del señor marqués de Grimaldi, y me ofrezco á vos con la misma sinceridad que lo acabáis de hacer.

—¡El marqués de Grimaldi! —repitió el demandadero abriendo los ojos desmesuradamente.

—¿Le conocéis?

—Ayer ha estado en el convento acompañando á su majestad.

—Cierto.

—Por más señas, que tanto el monarca como el ministro, vuestro ilustre amo, estuvieron conversando con la abadesa con la mayor sencillez, y recorrieron todas las habitaciones y el jardinito que yo cuido. No le disgustaría seguramente á su majestad cómo está

cuidado este último. Verdad es que en su cultivo tengo puesta toda mi atención.

—¡Ah! ¿Conque sois aficionado á la floricultura?

—Es mi pasión dominante.

—Pues en ese caso, puedo proporcionaros cuantas plantas y semillas queráis. Mi señor posee un magnífico parque.

—Os lo agradezco infinito,—dijo el demandadero, en cuyos ojos resplandeció la alegría.

—Ya iré á ver vuestro jardín.

—Con mucho gusto.

—Conque lo dicho, Sebastián,—dijo Manuel.—Ya tendremos ocasión de vernos.

El criado del marqués pagó los refrescos y salió de la botillería.

El bueno de Sebastián volvió al convento muy satisfecho.

Tan abstraído se hallaba, que olvidó comprar las sedas de colores que hábale encargado la madre Virtudes.

El demandadero repasó el locutorio, dirigiéndose al jardín, que era el lugar favorito para él, como nuestros lectores saben.

Sentada junto á la fuente hallábanse Adelina y la novicia Rosario.

Esta última se sonrió al ver al demandadero.

—Aquí os esperábamos con impaciencia, Sebastián,—le dijo.

—Pues ¿cómo?

—Para haceros saber que no somos responsables de un delito muy penable á vuestros ojos, que se ha cometido durante vuestra ausencia.

—¿Un delito? —preguntó alarmado el demandadero.

—Sí.

—Hablad, hermana Rosario.

—La madre Virtudes ha estado dando grandes sacudidas á los troncos de los árboles.

—¡Válgame Dios! —exclamó Sebastián, llevándose las manos á la cabeza.

—¡Si vieseis cómo caían las frutas!

La madre Virtudes se ha propuesto quitarme la vida á fuerza de disgustos.

—Yo creo eso mismo.

Sebastián hizo un reconocimiento en todos los árboles.

—Lo dicho, —exclamó;— va á quitarme la vida: han desaparecido hasta los albaricoques que estaban verdes.

La novicia lanzó una sonora carcajada.

—Y ¿os reís? —preguntó el demandadero.

—¡No he de reirme, viendo la cara que se os pone!

—No voy á tener más remedio que tomar una determinación enérgica.

—¿Cuál?

—No echarle una gota de agua á los árboles: de este modo se secarán los pobrecillos; pero lo prefiero á sufrir las penas que me ocasiona la golosina de la madre Virtudes.

—A propósito, ¿le habéis traído las sedas que os encargó?

—No me he acordado.

—Es rarísimo que un hombre de vuestro celo olvide un encargo.

—Ha habido sus razones para que así suceda.

—¿Por qué?

—Cuando salí del convento, encontréme con una persona que iba á llamar.

—¿Conocido vuestro?

—No le había visto nunca; pero he sabido después que es el ayuda de cámara del señor marqués de Grimaldi.

—¡Ah! ¿del caballero que ayer acompañaba á su majestad?

—Precisamente.

—¿Sabéis qué quería?

—Pues, según me ha asegurado, desea encargar á las madres unos dulces y unas cestillas, sin duda para hacer un regalo.

En aquel instante oyóse el acento gangoso de la madre Virtudes llamando al demandadero.

—¡Grita, grita! —dijo Sebastián entre dientes.

La madre Virtudes apareció en el jardín.

Era una vieja desdentada y fea.

—Pero ¿no oís, demandadero?— preguntó.

Sebastián tuvo que dominarse mucho para no demostrar el resentimiento que sentía hacia la religiosa.

—¿Qué queréis?— preguntó malhumorado.

—¿Habéis traído lo que os encargué?

—Voy ahora mismo.

—Vamos, no empleáis poca calma, cuando os he dicho el interés que tengo en acabar pronto el acerico.

Sebastián salió del jardín murmurando.

Entre tanto el ayuda de cámara del marqués habíase dirigido á su casa.

Grimaldi esperábale con impaciencia.

Manuel dirigióse al aposento en que se hallaba su señor.

—He cumplido vuestro encargo,—le dijo.

—¿Tan pronto? No esperaba tanta actividad.

—¿Hablaste con el demandadero?

—Sí, señor, hemos estado refrescando en una botillería.

—Y ¿qué te ha dicho?

—Sé que la pensionista se llama Adelina y es huérfana de padre.

—¿Qué más?

—Que el autor de sus días falleció hace poco y era el conde de Massi.

Al oír este nombre, el marqués hizo un movimiento.

—¿El conde de Massi? —exclamó.

—Sí, señor.

—Le conocí mucho: en Italia era uno de mis más sinceros amigos.

—Además, díjome el demandadero, —continuó Manuel, —que la pensionista siempre se encuentra triste.

—¡Quién puede profundizar los arcanos que se encerrarán en su alma!

Y luégo, volviéndose hacia su ayuda de cámara, le dijo:

—Perfectamente: has cumplido mi encargo con la actividad y el acierto de costumbre. Puedes retirarte.

—Señor, hé aquí las monedas que me disteis, pues no he tenido necesidad de gastarlas.

—Quédate con ellas.

—Mil gracias, señor marqués.

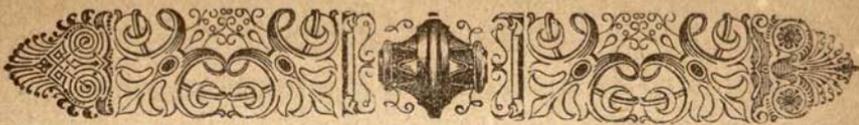
Manuel guardó en su bolsillo el obsequio que acababa de hacerle su amo.

Al salir del aposentó pensó:

—¡Buen refuerzo para mi hucha! ¡Si todos los días fuesen como hoy, pronto hacéame rico!

Y tarareando una canción, fué á reunirse con el resto de la servidumbre.





CAPITULO XC

Entre la espada y la pared.



¡Ué extraña coincidencia!—exclamó el marqués de Grimaldi apenas quedó solo. —El rey enamoróse hace veintitantos años de una hermosísima italiana, y Tanucci, que era el ministro por aquella época, tuvo que recurrir á mí para que interviniese en aquel asunto. Hoy don Carlos ha sentido una impresión semejante á la que experimentó al ver á la gentil veneciana.

Y Grimaldi se sonrió.

—Pero ¡cuánta diferencia existe entre la época á que me refiero y la presente! Entonces era yo un aventurero; hoy, en cambio, ocupo la poltrona del poder;

soy el ministro de su majestad; y aunque muchos dicen que mi prestigio va desapareciendo y que en breve ha de eclipsarse mi buena estrella, yo les diré á esos necios quién es Grimaldi, y lo que sé hacer para que continúe mi privanza.

El marqués se puso en pie y empezó á pasearse de uno á otro lado de la habitación.

—¿Conque la hermosa pensionista, — se preguntó, — es hija del difunto conde de Massi? Perfectamente. Lo concreto es buscar á una persona que trate á la viuda, pues yo apenas la conozco.

Y Grimaldi quedóse reflexionando algunos momentos.

De pronto sus ojos brillaron y llevóse la mano á la frente.

Acababa de encontrar la solución del problema.

—Sí, — se dijo, — el más á propósito para realizar lo que deseo es Roberto Estrañi: me consta que el médico de la reina asistió al conde de Massi cuando estuvo herido.

Grimaldi llamó.

Presentóse Manuel.

—Tráeme mi capa y mi sombrero, y di que dispongan el carruaje.

—Al momento, señor.

Aquellas dos órdenes fueron ejecutadas en el corto espacio de quince minutos.

El marqués salió de su casa, subió al carruaje y díjole al cochero:

—Condúceme á palacio.

El coche se puso en movimiento.

Grimaldi estregóse las manos con satisfacción.

—Es preciso, —dijose,—obrar con alguna prudencia y manifestar al médico de la reina lo que sucede de cierto modo. Tengo la seguridad que Estrañi no ha de sorprenderse como hombre de buen juicio que es; pero conviene, no obstante, hablarle con alguna circunspección.

El carruaje se detuvo junto á la puerta del Príncipe.

El ministro se apeó.

Los dos centinelas que custodiaban la puerta hicieron al marqués un saludo militar, presentándole las armas.

Grimaldi aventuróse por la escalera.

Repasó un laberinto de galerías y pasillos, deteniéndose después junto á una puerta.

El marqués levantó el pesado cortinón de terciopelo carmesí que cubría ésta.

Estrañi hallábase sentado en un sillón.

Sus ojos estaban fijos en un libro.

Tan ensimismado encontrábase en la lectura, que ni siquiera oyó el rumor que producían los pasos de Grimaldi, rumor que apagábase mucho en la blanda alfombra que cubría el pavimento.

Grimaldi se detuvo á pocos pasos de Estrañi y estuvo observándole.

— Éste, pasados algunos instantes, levantó la cabeza

é hizo un movimiento de asombro al ver al ministro.

—Señor marqués, —dijo abandonando el sillón, —¿á qué debo la honra de veros por aquí?

Y al hacer esta pregunta el doctor indicóle un asiento para que lo ocupase.

Grimaldi lo aceptó.

—¿Estabais ensimismado en la lectura de algún libro de ciencias? —preguntó después á Estrañi.

—Como siempre: no he comprendido nunca que haya seres que gocen en la ociosidad.

—Lo creo: á mí me sucede lo mismo.

—Y ¿á qué debo la satisfacción de veros por aquí?

—Necesito hablaros, —respondió Grimaldi con cierto misterio.

—En ese caso, la ocasión no puede ser más propicia: cerraré la puerta y podéis empezar.

Y Estrañi hizo lo que acababa de decir.

Luégo sentóse de nuevo al lado de Grimaldi.

—Hace pocos días, —comenzó éste, — que estuve con la condesa de la Estrella en el convento de las Comendadoras de Santiago.

—Con efecto, lo supe anoche en la tertulia de su majestad por la condesa.

—Ambos fuimos padrinos de una hermosa hija del conde de Villalares que ha profesado.

—Continuad.

—La madre abadesa me suplicó que interpusiese mi influencia cerca del rey, á fin de que se hiciesen algunas reparaciones en el edificio.

—Y antes de ayer habéis visitado el convento con el monarca,—dijo Estrañi.

—Veo que estáis enterado de todo.

—Ya sabéis, marqués, que un soberano no da un paso sin que lo sepan sus vasallos.

—Muy cierto. No obstante, algo he de deciros que seguramente ignoráis.

—Proseguid, pues.

—Recorrimos las habitaciones del convento, penetrando luégo en el jardín. En éste había una hermosa joven, casi una niña, cuya inocencia llamó la atención del monarca.

Estrañi palideció ligeramente.

Una sospecha acababa de asaltarle.

Procuró, sin embargo, disimular.

—Esa joven,—preguntó,—¿es alguna novicia?

—No, es una pensionista.

El médico ya no dudó que referíase á la hija de Josefina.

—Como el rey se halla preocupado hace tiempo,—prosiguió Grimaldi,—tengo la evidencia de que sosteniendo amores con esa hermosa paloma, habían de desaparecer su hastío y su melancolía.

—Es posible.

—Me informé inmediatamente de quién era la pensionista.

—Y ¿qué os dijeron?

—Sé que es hija del conde de Massi; esto es, del hombre que fué asesinado hace poco en Sevilla, y

si no me equivoqué, con quien os unía una estrecha amistad.

Impulsos sintió Estrañi de arrojar al marqués de la estancia; pero se contuvo, esperando hacer más averiguaciones respecto á los propósitos que el ministro acariciaba.

—Con efecto, no os niego que tanto el de Massi como su familia me aprecian.

—¿Y vos corresponderéis á esa estimación?

—Desde luego.

—Sin embargo, en la alternativa de complacer al monarca ó á esa familia, ¿por quién optaríais?

Estrañi quedóse mirando al marqués.

La sangre hervía en sus venas.

Acordóse de que el mismo hombre que se hallaba á su lado había contribuído muy directamente á robarle algunos años antes su felicidad.

No pudo reprimirse ante aquella idea, y exclamó:

—Marqués de Grimaldi, sois tan infame como lo era vuestro amigo Tanucci.

Esta brusca exclamación hizo estremecer al ministro.

—¿Qué decís?

—Sé lo que me proponéis; pero afortunadamente para la pobre niña á quien tratáis de arrebatár la inocencia, está libre de todo peligro mientras yo viva.

—Pero...

—Basta de criminales proposiciones. Queréis hacer con esa joven lo mismo que hicisteis en Italia con su

madre; esto es, entregarla al monarca para que realice un efímero capricho; pero os equivocáis.

—Doctor, yo no os he dicho semejante cosa: habéis ido demasiado lejos.

—Porque os conozco.

—Os aseguro...

—Es inútil cuanto me digáis. Me consta que no es ésta la primera vez que habéis apelado á estos medios, y que uno análogo fué el que contribuyó principalmente á colocaros en el elevado sitio que ocupáis.

—¡Estrañi!

—Precisamente la Providencia ha querido que vengáis á hacer proposiciones para que os ayude en vuestra infame empresa al hombre que amaba á Josefina, y al que hicisteis con vuestras inicuas estratagemas el más desgraciado de los mortales.

—¿Vos?

—Sí, marqués. Yo amaba á la hija del doctor Montalbi.

Inútil es decir á nuestros lectores que el ministro quedó aplanado.

Todos sus proyectos habían caído por tierra.

—Y ahora, marqués, —prosiguió Estrañi, —voy á haceros un encargo, de cuyo cumplimiento habéis de responderme.

—¿Qué deseáis?

—Es preciso que á toda costa el rey desista de su propósito.

—¿Cómo conseguirlo?

—Vos, que habéis sin duda alguna preparado deliberadamente ocasión para que conozca á Adelina, os encargaréis de desviar su pensamiento de esa hermosa joven.

—Pero...

—Si dudáis en complacerme, os juro que he de hacer constar á la reina y al mismo monarca quién sois.

—Estrañi, haré cuanto pueda para conseguir lo que deseáis.

—Esto no es una promesa concreta y definitiva.

—Y ¿cómo he de deciros otra cosa?

—Cuando queréis, no os falta la suficiente sagacidad y talento para conseguir lo que os conviene.

—Bueno, Estrañi: haré lo que me exigís.

—Será el único modo de que yo guarde silencio.

—Pero ¿y si el rey, que se halla verdaderamente impresionado con la pensionista, insiste en verla?

—Entonces procuraré que desaparezca el escaso prestigio de que gozáis.

Grimaldi hallábase entre la espada y la pared.

Hubiera dado la mitad de lo que restábale de vida por no haber tenido la idea de visitar al médico.

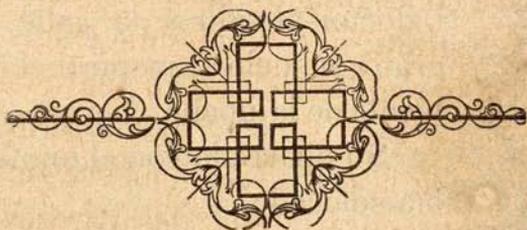
El marqués salió de la estancia.

—Lo hará como lo dice, —pensó;—y si trato de hacer que el monarca desista, va á mirarme con más indiferencia que nunca. ¡Qué situación tan espantosa!

Grimaldi penetró en su carruaje.

No sabía qué partido tomar.

Inspirábale temor la amenaza del médico de la reina, y al mismo tiempo comprendía que facilitando á don Carlos una aventura amorosa con la hija del conde de Massi, era el único medio de recuperar su pasada influencia.





CAPITULO XCI

Donde se vuelven á encontrar Zúñiga y el diablo.

El doctor al salir á la calle sintió un gran consuelo al respirar el fresco ambiente de la noche.

Su agarrada con el ministro le había sofocado.

—Estoy seguro que ese hombre no se atreverá á llevar á cabo sus infames propósitos por temor á mi amenaza. ¡Ay de él si me obliga á revelar á la reina todo cuanto sé!

Y pensando de este modo, el doctor dirigió sus pasos hacia el palacio del monarca.

Al atravesar una calle reconoció á la luz de un farol á nuestro protagonista Juan de Zúñiga, que había



llegado á la corte aquella misma mañana en compañía de su íntimo amigo Rogelio Massi.

Desde que le dejamos á bordo del buque que le salvó con rumbo á España, hasta el momento en que le volvemos á presentar á nuestros lectores, nada de extraordinario le había ocurrido.

El doctor, al ver al joven capitán, se rebujó en su capa, y al pasar junto á él púsole una mano sobre el hombro derecho, diciéndole:

— Bien venido, mi bizarro coronel.

— ¡Más bajo, señor mío, más bajo! —repuso Zúñiga, reconociendo en la voz á su protector.

— Coronel he dicho, y no me retracto de ello, — profirió Estrañi bajando el embozo de su capa y dejando ver en sus labios una sonrisa equívoca.

— Capitán á secas, señor mío, á pesar de vuestros pomposos ofrecimientos.

— Coronel, por la gracia de nuestro magnánimo monarca, que ha querido recompensar de esa manera el heroico comportamiento con que en la campaña de Argel os habéis distinguido:

— Será como decís, pero no os creo. De capitán á coronel es un salto mayúsculo.

— Os le han hecho dar por indicación mía: los necios os creían muerto.

— No faltó mucho para que así fuera.

— No exageréis, don Juan: el trance en que os visteis envuelto hubiera sido mortal para otro, pero para vos no.

—¿Cómo que para mí no?

—Porque mi protección os resguardaba,—repuso Estrañi sonriendo.

Zúñiga fijó en su interlocutor una mirada investigadora, y le dijo:

—Señor mío, basta de bromas: tened en cuenta que el efecto que produjo en mi ánimo la escena de la noche de San Juan, bajo la sombra de la encina del Ahorcado, se disipó casi por completo.

—¡Ingrato!

—¿Ingrato?

—Sí, y además ciego é incrédulo. Estáis tocando la realidad, y aun dudáis.

—¿Pero realidad es la que yo veo?

—De los peligros que habéis corrido, ¿no habéis resultado ileso?

—No puedo negarlo.

—Pues ¿queréis una prueba más palmaria de mi protección? —replicó Estrañi, que le convenía para sus miras ulteriores que el joven capitán no se convenciese de que su pacto era una farsa.

—Vamos, dejadme en paz,—profirió Zúñiga, no teniéndolas todas consigo.

—Os dejaré por esta noche, después de haberos dado una prueba de mi omnímodo poder. ¿Vais ahora á ver al ministro de la Guerra?

—¿Quién os lo ha dicho?—replicó Zúñiga admirado.

—Yo no necesito que nadie me diga las cosas.

—¿Volvéis á las andadas?

—Seguid escuchándome. Vais á ver al ministro, y él os confirmará que sois coronel, y que el real despacho concediéndoos ese grado en la milicia se encuentra en manos de vuestro respetable tío el prior de los jerónimos.

—¡Diablo!

—Allí le recogeréis; y en seguida tomad posesión de vuestro cargo, porque tengo decidido empeño que le ocupéis por poco tiempo.

—¿Por pcco tiempo?

—Eso he dicho, y eso será.

—Y ¿por qué ha de ser por poco tiempo, señor mío?

—replicó Zúñiga amostazado.

El doctor sonrióse maliciosamente, diciendo luégo:

—Porque á pesar de lo ingrato y de lo descreído que sois, pienso haceros muy pronto general.

—¿Pretendéis acaso burlaros de mí?

—Os haré general, y hasta os casaré...

Zúñiga hizo un movimiento de impaciencia, replicando con gran vivacidad:

—Basta, si no queréis que riñamos; y tened entendido, aunque seáis el mismo Satanás en cuerpo y alma, que no he de permitir que os entremetáis en mis asuntos hasta disponer de mí como dispondría un tutor de una pupila.

—Pues os casaré, y os daréis por muy satisfecho,

—añadió Estrañi sonriendo.

Sin la influencia que ejercía el doctor en el ánimo

del joven, hubiera sido fácil que Zúñiga, que, como sabemos, no era tardo en desnudar su acero cuando la ocasión le obligaba, le hubiese proporcionado un disgusto; pero el capitán encontrábase siempre impresionado ante el doctor, y sólo osó decirle:

—Cuando piense en casarme, será á mi gusto y con la mujer que elija mi corazón.

—Es que vuestro corazón elegirá, ó, mejor dicho, ha elegido ya á la que yo os tengo destinada.

—¡Vive el cielo!

—Tened en cuenta que estáis en presencia del diablo, y que ciertos juramentos no me agradan.

—¡Pero si decís unas cosas capaces de sacar de quicio á un santo de piedra!

—Os digo sólo lo que ha de suceder. Os casaréis con la mujer que yo os he elegido.

—Pues no será así, porque yo tengo hecha ya mi elección, y no variaré por nada ni por nadie.

—Es que no tendréis necesidad de variar, porque la influencia que ejerzo sobre vuestro albedrío os ha hecho fijaros en la persona que os tengo destinada.

Zúñiga, no creyendo en estas palabras, sonrió maliciosamente.

—Sonreid todo cuanto queráis; pero mal que os pese seréis general y esposo apasionado de la inocente y bellísima Adelina Massi.

Lo que pasó por Zúñiga al oír estas razones no es posible describirlo.

Retrocedió un paso, y clavando sus ojos desmesu-

radamente abiertos en el rostro del doctor, exclamó:

—¡Efectivamente debéis ser el diablo!

—Para que no volváis á dudarlo, voy á daros una última prueba.

—Vuestra prometida, que se encuentra en compañía de su madre en el convento de Comendadoras de Santiago, desde la muerte de su padre...

—¡Cómo! ¿Ha muerto el conde? —exclamó don Juan interrumpiéndole.

—Sí; ha muerto de la misma manera que ha vivido, es decir, trágicamente. Pero no me interrumpáis.

—Hablad.

—Pues, como os iba diciendo, vuestra futura, que se encuentra en el monasterio que os he dicho, y que estaba decidida á profesar porque os creía muerto, ha sido enterada, no sólo de vuestra llegada á la corte, sino de todo cuanto os ha sucedido durante vuestra larga ausencia.

La admiración de Zúñiga iba en aumento conforme el doctor hablaba.

Éste, que conociendo el efecto que sus palabras hacían en el joven, trataba de impresionarle más poderosamente, prosiguió de este modo:

—La he enterado de lo heroicamente que peleasteis, salvando á vuestro general; de que fuisteis hecho prisionero; del encuentro con el renegado que os proporcionó los medios para fugaros; de la aventura con el león; de vuestro naufragio al querer regresar á España, y de la manera cómo hice que os salvara el buque

á cuyo bordo volvía del Perú vuestro amigo Rogelio.

La admiración de Zúñiga no tuvo límites al terminar Estrañi su relato.

No le quedó el menor átomo de duda respecto á su poder infernal.

De otro modo, ¿cómo había aquel hombre de estar enterado de cuanto acababa de decirle?

La fogosa imaginación del mancebo, herida poderosamente por las palabras del doctor, le embarullaron de tal manera, que en aquel momento estaba dispuesto á creer las cosas más inverosímiles.

Estrañi, conociendo que había logrado su objeto, se embozó en su capa, y poniendo su mano derecha sobre el hombro del joven, le dió dos palmaditas, diciendo:

—Mi futuro general, buenas noches: si me necesitáis para algo, buscadme en palacio, donde habito desde hace seis meses; y tened cuidado de que no os suceda algo malo en casa del ministro.

Y volviendo la espalda, se alejó con acelerado paso, perdiéndose bien pronto entre las sombras de la noche.

Zúñiga le vió alejarse sin saber qué partido tomar. Su turbación era grande.

Necesitó algunos minutos para poner en orden sus ideas.

Por fin exclamó:

— Si ese hombre no es el diablo en persona, es preciso convenir en que lo parece. De otro modo, ¿cómo

había de conocer tan al por menor todo cuanto me ha sucedido? Pero ¿resultarán ciertas las cosas que me ha anunciado? ¿Seré efectivamente coronel? ¿Llegaré á general y conseguiré la mano de mi adorada Adolina? ¡Me parece un imposible tanta dicha! ¡Me parece un cuento de hadas, un sueño encantador todo lo que me sucede!

Y Zúñiga, abrumado por las mil ideas que se agolpaban en su imaginación, permanecía inmóvil como si hubiese echado raíces en el sitio que le dejó Estrañi.

Por fin alzó la cabeza con resolución, exclamando:

—Soy un tonto de capirote preocupándome por si será cierto ó no lo que ese hombre me ha prometido, cuando tengo en mi mano el ver en seguida si es verdad una de las cosas que me asegura. Me ha dicho que soy coronel; pues bien: vamos á casa del ministro, y él me dirá lo que haya de cierto en el asunto.

Y nuestro joven, poniéndose en marcha, se dirigió á la morada del marqués de Grimaldi con ese apresuramiento que prestan la curiosidad y la impaciencia.





CAPITULO XCII

Donde Zuñiga camina de sorpresa en sorpresa.



El doctor Estrañi proseguía su camino hacia palacio, satisfecho del efecto que sus palabras causaron en el ánimo del joven capitán.

—Si me veo precisado á luchar con el ministro para impedir que cometa con Adelina una villanía igual á la que hicieron con su madre, Zúñiga puede ser para mí un agente muy útil. Creyendo, como indudablemente cree, que se encuentra protegido por un poder sobrenatural, no habrá nada á que no se atreva con

poco que se le empuje. Es conveniente estar preparado para todo, por si llega el caso.

Y pensando de esta manera, el doctor llegó á la regia morada, presentándose poco después en la cámara, donde se formaba todas las noches la tertulia de la reina.

Digamos ahora por qué sabía el doctor tan perfecta y detalladamente cuanto le había ocurrido á Zúñiga durante su permanencia en Africa.

Estrañi, como todas cuantas personas conocían á nuestro protagonista, le creyó muerto al furor de las hordas argelinas, que tanto estrago ocasionaron á la expedición mandada por O'Reilly.

La relación oficial del combate, y las noticias suministradas por los testigos presenciales de aquel desgraciado encuentro, no dejaban lugar á la duda.

Zúñiga había salvado la vida de su general á costa de la suya.

Ésta era la creencia general, y por eso la familia del difunto conde de Massi tenía como cosa cierta la muerte de nuestro joven protagonista.

Tan por cierta la tenía, que ya sabemos que esta creencia era la causa que impulsaba á Adelina á querer consagrarse al claustro.

Desde que tanto la atribulada joven como su madre se encerraron en el monasterio de las Comendadoras, Jacobo Estrañi las visitaba, aunque no con mucha frecuencia.

El sabio doctor, que desde la trágica muerte del conde había sentido renacer con todo el ardor de la

juventud la inmensa pasión que Josefina le inspirara en la primavera de su vida, sufría haciéndose una violencia grande para no ir á visitarla más á menudo.

Pero respetuoso y considerado siempre, reprimíase á fin de no dar pábulo á la maledicencia.

El que ama de veras á una mujer tiene un especial cuidado en no ponerla en ridículo.

La casualidad hizo que la misma mañana que llegaron á Madrid Zúñiga y Rogelio, el doctor hizo una de sus visitas á la familia del difunto conde.

Cuando el doctor estaba ya para despedirse de la madre y de la hija, presentóse Rogelio, cuyo primer cuidado fué ir á ver á su madre y á su hermana.

La alegría que experimentaron éstas fué inmensa, tanto por tener la dicha de ver al recién llegado, como por las noticias que les comunicó referentes á Zúñiga.

Adelina sintió brotar de nuevo en su alma la luz de la esperanza.

Las muertas ilusiones resucitaron más encantadoras que nunca.

El doctor participó de aquella felicidad, pues apreciaba de corazón á su protegido, á quien había llorado por muerto.

De labios de Rogelio supo cuanto en África y durante la travesía, habíale sucedido á Zúñiga, y de aquí que pudiera sorprenderle como lo hizo, refiriéndole pormenores de su vida que el joven capitán creía que todo el mundo ignoraba menos su amigo Rogelio.

Hechas estas aclaraciones, volvamos al encuentro

de Zúñiga y consignemos su entrevista con el ministro.

El joven capitán llegó á casa del marqués de Grimaldi, y dirigiéndose á uno de los ayudantes de servicio, le preguntó:

—¿Está en casa su excelencia?

—Está, mi capitán; pero no sé si podrá recibiros.

—¿Tenéis la bondad de anunciarle mi visita?

—Con sumo gusto. Haced el favor de indicarme vuestro nombre.

—Juan de Zúñiga.

El ayudante hizo una demostración de extrañeza que no pasó desapercibida para nuestro héroe; pero sin proferir ni una sola frase internóse hacia el despacho del ministro.

Momentos después volvió á aparecer, diciendo á Zúñiga:

—Mi coronel, que pase usía.

Al oír estas palabras, Zúñiga fué el que hizo un movimiento de extrañeza más acentuado que el que hiciera el ayudante al oír su nombre.

El recuerdo de su reciente entrevista con el doctor cruzó por su cerebro, y sin darse cuenta de que pudieran oírle, exclamó:

—¡Es el diablo! ¡No me cabe la menor duda!

Momentos después el antiguo novicio del convento de jerónimos penetraba en el despacho del ministro de la Guerra.

Éste, que, creyéndole muerto, habíase sorprendido con el anuncio de su visita, recibióle con la mayor afabilidad.

Zúñiga oyó de sus labios los mayores elogios por su bizarro comportamiento en África, así como la satisfactoria nueva de que su ascenso á coronel era cierto y efectivo.

—No me engañaba ese endiablado doctor, y ya voy creyendo que ha de realizarse todo cuanto me ha anunciado,—pensó el joven, sintiendo que la satisfacción y la alegría rebosaban en su pecho.

El ministro prosiguió diciéndole:

—Su majestad ha premiado vuestros servicios confiririéndoos, como os he dicho, el empleo de coronel; y yo, que os aprecio en mucho, porque vais hasta excediendo mis esperanzas, os destino á mis órdenes, asegurándoos que de mi cuenta queda hacer que en un plazo breve seáis uno de los más bizarros generales de nuestro ejército.

—¡Ah! ¡ya lo sabía!—exclamó Zúñiga sin poder contenerse, acordándose de las palabras de Estrañi.

—¿Cómo que lo sabíais?—preguntó el ministro, sorprendido por la exclamación del joven.

Éste conoció que había cometido una ligereza; pero recobrándose instantáneamente, repuso:

—He querido decir que sabía que erais excesivamente bondadoso para las personas que tienen la dicha de alcanzar vuestra protección.

—¡Ah!

—Pero estad seguro que lo que no sabré nunca, por más que lo deseo con toda mi alma, es la manera de agradeceros como se merece la amabilidad y la benevolencia con que me tratáis. Ningún derecho tengo para aspirar á vuestro aprecio; y al ver que me le dispensáis tan espontáneamente, me siento mucho más obligado. Tened la seguridad que si necesitaseis mi vida, la sacrificaría gustoso en vuestro servicio.

Pronunció con tanta fe y con tanta sinceridad las anteriores palabras, que el ministro, cuya astucia era grande, y cuyo golpe de vista para conocer á los hombres era certero, sintió cruzar por su mente una idea que le halagó.

—¡El conde de Massi fué un día mi esclavo por sus vicios! ¡Si pudiera hacer de éste un nuevo esclavo por la gratitud!

Y el ministro, fijándose en este pensamiento, quedóse un momento reflexivo.

Zúñiga entre tanto repasaba en su memoria hasta los menores detalles de la conversación que sostuvo con el doctor Estrañi.

El ministro, decidido al fin á hacer de Zúñiga un dócil instrumento de sus malévolos planes, dejó ver en sus labios una plácida sonrisa, y con ese tono meliflúo que tan bien emplean los italianos para disfrazar mejor la negrura de sus pensamientos, preguntó:

—Supongo que el ofrecimiento que acabáis de hacerme será sincero.

—Tanto, que me consideraría muy dichoso en que pusieseis á prueba la verdad de mis palabras.

—Os doy gracias, coronel; pero no he exigido ni exigiré nunca á mis amigos sacrificios tan costosos. Ahora sí, como no están tan sobradas en los tiempos que corremos las personas leales y sinceras, y vuestras palabras me han hecho conocer el fondo de vuestro corazón, os manifiesto que desde este instante tenéis en mí el protector más decidido, y que desde ahora os considero como la persona de mi más completa confianza.

—Señor, me honráis de una manera que no merezco, —profirió el joven, inclinándose profundamente.

—Tengo la seguridad más completa de que al obrar como os he dicho no siembro en terreno estéril, y que, por lo tanto, no he de recoger cosecha de ingrati- tudes.

—¡Oh! ¡lo que es de eso podéis estar completamente tranquilo! Juan de Zúñiga se precia de bien nacido y tiene arraigada en su alma la máxima de que el que no es agradecido no es honrado.

—Decís bien; y para que conozcáis hasta qué punto llevo la confianza que habéis sabido inspirarme, tened la bondad de sentaros, y oidme.

El joven obedeció, ocupando un asiento cercano al del ministro.

Éste, después de unos instantes de meditación, empezó á hablar del siguiente modo:

—Como antes os dije, tenía el pensamiento de ha-

ceros general en plazo breve; pero ahora os añado que habéis de ceñiros la faja dentro de pocos días.

Zúñiga no pudo menos de revelar en la expresión de gozo que iluminó su rostro el efecto que le producían las palabras del ministro. Éste prosiguió diciendo:

—Para que este propósito mío pueda realizarse tan pronto como yo quiero, es preciso que me ayudéis, á fin de que tenga un pretexto, una razón que alegar ante el rey que justifique esa gracia.

—Disponed de mí como queráis: si es preciso salir de nuevo á campaña, dispuesto estoy á montar ahora mismo á caballo.

—De ninguna manera os exigiría semejante sacrificio: habéis demostrado más que suficientemente vuestra bizarría y vuestro arrojo en los campos de batalla, y es preciso que descanséis y que prestéis vuestros servicios en otro género de lides. Mi propósito es convertiros de soldado en cortesano.

—Señor, no sé si serviré para eso: soy rudo y franco, demasiado quizás.

—Yo seré vuestro mentor en las cosas de la corte, y me prometo convertiros en un completo palaciego; y ya veréis, mi joven coronel, cómo en un año se medra más bajo los dorados artesonados de palacio, que en muchos de privaciones y de campañas.

—Eso bien se me alcanza, señor.

—Para que lo veáis prácticamente voy á indicaros el primer servicio que ha de poner os en el camino de la fortuna.

—Os escucho con verdadera impaciencia.

—Trátase de un negocio de Estado, y las primeras condiciones que necesitan tener las personas que en semejantes asuntos intervienen, son una discreción y una reserva grandes.

—Me precio, señor, de discreto y de reservado.

—Pronto vais á tener ocasión de probarme esas dos condiciones.

—Lo celebro con toda mi alma.

—Oidme con atención. ¿Conocéis á la hija del difunto conde de Massi?

Lo que pasó por el joven coronel al oír esta pregunta no es posible describirlo.

Se acordó de lo que el doctor le dijo, y no tuvo ya duda de ningún género de que iba á sucederle punto por punto lo que aquel hombre extraordinario le había anunciado.

La importancia del doctor creció de un modo gigantesco en el concepto del joven, que se apresuró á decir al ministro:

—Sí, señor: conozco á la hija del conde.

—Bien; pues esa hermosa niña se encuentra en la actualidad morando en el monasterio de Comendadoras de Santiago, y abriga el propósito de pronunciar los votos que han de retenerla allí por toda su vida.

—¡Qué decís, señor!—exclamó el joven sin poder contenerse.

—Lo que estáis oyendo.

Zúñiga fijó una mirada en el ministro, diciendo para sí: «Indudablemente su excelencia se equivoca; porque cuando mi protector me ha ofrecido que me casaré con Adelina, seguro estará de ello. Pero empecemos á representar nuestro papel de cortesano. Disimulemos y oigamos, que tiempo de sobra habrá para hablar si nos conviene.»

El ministro continuó diciendo:

—Os extraña que una joven tan excesivamente encantadora abrigue unas ideas tan impropias de sus años y de su posición, ¿no es cierto?

—Sí, señor, me extraña, y mucho.

—¿No es verdad que sería una lástima que una flor de tan delicado aroma se marchitase encerrada entre los húmedos y sombríos muros de un convento?

—¡Claro que sería lástima, y grande, que esa desgracia sucediera!

—Pues bien, don Juan: el encargo que os confío es el de hacer cambiar de vocación á esa encantadora joven.

—¡Nada más fácil! —exclamó Zúñiga sin poder reprimirse.

El ministro, sin conocer el verdadero alcance de las palabras del joven, y creyéndolas sólo un arranque de entusiasmo para demostrar su celo, contestó sonriendo:

—La excesiva confianza suele ser peligrosa en todo género de empresas. Conozco que contáis con suficientes prendas personales para entusiasmar á cual-

quier mujer; pero tened en cuenta que se trata de una joven que aun no ha sentido despertar su corazón al calor de las pasiones, y que se encuentra decidida á consagrarse á Dios.

Zúñiga sonrióse interiormente al oír estas palabras del ministro, y repuso:

—Pues bien, señor: vuelvo á aseguraros que me haré amar de esa joven, y que conseguiré que desista de sus propósitos de hacerse monja.

Nuestro joven sabía demasiado que no arriesgaba nada en prometer lo que prometía.

El ministro añadió:

—En este lance es preciso que intereséis el corazón de esa mujer, pero teniendo buen cuidado de no interesar el vuestro. Cuando se juega con fuego, y mucho más á vuestra edad, es muy fácil quemarse.

Zúñiga sintió un profundo desagrado con aquella advertencia del ministro; así que se apresuró á replicar:

—Perdonad mi torpeza, señor, pero no comprendo bien el alcance de lo que acabáis de decirme.

—Pues para que no os quede ni la más pequeña duda, os expondré lo que quiero de vos con entera claridad.

—Así no erraré por torpeza ó ignorancia,—repuso el joven, receloso ya y prevenido.

—Es necesario que os hagáis amar de esa joven, y que finjáis quererla de tal modo, que, enloqueciéndola, dispongáis su ánimo hasta el extremo que, cegada por

vuestro cariño, consienta en fugarse del convento.

—¿Adónde irá á parar este hombre?—se preguntó Zúñiga.

—Cuando el instante de salir del convento llegue, ya dispondremos la cosa de manera que esa inocente paloma, al abandonar su tranquila morada, caiga en brazos de una elevada persona, que se encuentra vivamente interesada por sus encantos.

La impresión que sintió Zúñiga al conocer las intenciones del ministro fué de tal naturaleza, que no le permitió ni hablar.

Ésta fué su suerte, pues de otro modo lo hubiera echado á perder: tal era la indignación que se alzó en su alma al ver el infame papel que le reservaban.

Además, la casualidad vino también en su ayuda; pues alzándose el pesado tapiz que cubría la puerta de entrada, apareció uno de los ayudantes del ministro, diciendo:

—Señor, acaba de llegar de palacio un caballero con el recado de que su majestad os espera.

El marqués de Grimaldi púsose en pie, disponiéndose á salir.

Zúñiga le imitó sin proferir una palabra.

El ministro le dijo entonces:

—Coronel, los secretos de Estado pueden considerarse como una doble escala. Cuando se poseen y se tiene audacia y tino para resolverlos, conducen directamente al alcázar de la fortuna: cuando se comete

una torpeza ó una traición, conducen al abismo y hasta á la muerte. Conque á ser pronto general.

Y dichas estas palabras, el de Grimaldi se dirigió hacia la puerta.

Cuando ya llegaba casi á pisar el umbral, se volvió de repente hacia Zúñiga, y le dijo:

—Una última advertencia: para este asunto y para cuantos en lo sucesivo se os encomienden, desconfiad del médico de la reina.

—¿Del doctor Estrañi? —preguntó con viveza el joven.

—Sí: desconfiad de él, porque ese hombre es el mismo diablo en persona.

Y dicho esto, el ministro salió de la estancia.





CAPITULO XCIII

Donde Zúñiga toma al revés un consejo del ministro.



ZÚNIGA salió de la casa del ministro diciendo para sí:

—Dios ó el diablo me han tenido esta noche de la mano para que no haga una atrocidad. ¿Y eso es un ministro? ¿Y en sus manos se encuentran los destinos y la suerte de un país tan grande, tan noble y tan generoso como España?

¡Oh! ¡Me parece imposible que no sea un sueño todo cuanto me ha pasado!

¡Bonito papel me destina ese hombre cerca de mi amada Adelina!

¡Vive el cielo que primero me daría la muerte que cometer una infamia como la que se me exige!

Pero la verdad es que la situación en que me encuentro no puede ser, ni más grave, ni más comprometida.

Si no accedo á los deseos del ministro, y por lo tanto á los de la elevada persona á quien él tiene tanto empeño en complacer, caerá sobre mí el odio de ambos, y mi faja de general se desvanece, y hasta me verá envuelto en una perdición segura. Sus indicaciones no pueden encerrar una amenaza más clara.

Aquello de la doble escala fué un símil cuya gravedad conozco perfectamente en este momento.

¡Qué caprichosa y qué voluble es la fortuna!

Hace dos horas que me creía yo uno de sus hijos predilectos, y en este instante veo que soy el hijastro más hijastro de la desdicha.

¡Por qué diablos habré yo venido esta noche á presentarme á su excelencia!

Y nuestro joven, preocupado con estos pensamientos, cruzaba las calles de la villa sin darse cuenta de la dirección que seguía.

Su paso era unas veces rápido y otras pausado.

Cualquiera que hubiera podido observarle le hubiera creído loco ó beodo.

De pronto se paró, y dándose una palmada en la frente, exclamó, como si alguien pudiera oírle:

—Pero soy un necio en preocuparme de la manera tan seria como me preocupó. Antes de ver al ministro, ¿no me prometió ese doctor extraordinario que sería general y que me casaría con Adelina?

Recuerdo perfectamente sus palabras, y ya sé por experiencia que cuando las da sabe cumplirlas.

Y por cierto que ahora caigo en que me anunció también lo que con el ministro iba á sucedérme. «Tened cuidado que no os suceda algo malo en casa del ministro», me dijo, y seguramente esto era una prevención para que evitase el compromiso en que me han envuelto; pero no he tenido en cuenta su aviso, y ahora estoy tocando los resultados de mi falta de memoria.

Verdad es que no creí en sus palabras hasta que las he visto confirmadas por la realidad.

Ese hombre extraordinario es el único que puede sacarme del atolladero en que me encuentro.

Su leal advertencia me revela que no es amigo del ministro, y las últimas palabras de éste bien claro me dicen que teme y desconfía del doctor.

La sagacidad y el disimulo son las dos condiciones más indispensables de todo palaciego; pues bien: disimulemos y seamos sagaces, y me habré salvado.

El ministro me dijo que me guardase del doctor: pues tomemos su consejo al revés.

Veamos al doctor; y refiriéndole con todos los detalles la entrevista que he tenido con el ministro, le rogaré que me indique lo que debo hacer en este difícil trance.

Nada arriesgo en obrar así, puesto que de seguro conoce ya el bueno del médico cuanto ha sucedido.

Yo no sé cómo se arregla para saberlo todo, pero

la verdad es que lo sabe, y que si no es el diablo en persona, como el ministro dice y yo voy creyendo á ojos cerrados, es, por lo menos, un pariente muy próximo.

Y Juan de Zúñiga, envolviéndose en su capa, dirigióse resueltamente á palacio, donde sabía que habitaba el doctor, según él le dijo.

Media hora más tarde, nuestro joven coronel presentábase en las habitaciones que el doctor Estrañi ocupaba en palacio.

Su sorpresa fué grande cuando oyó decir al criado que le recibió:

—Señor coronel, mi señor me dejó encargado que cuando vinieseis le pasase aviso á la cámara de la reina, donde se encuentra.

—¡Cómo! ¿Sabía que yo había de venir?

—Indudablemente, cuando me dió esa orden.

Zúñiga no replicó.

El doméstico, indicándole la puerta del despacho de su amo, le dijo sonriendo:

—Tened la bondad de esperar un momento, que voy á participarle que estáis aquí.

Y dichas estas palabras, el criado desapareció.

—¡Es el diablo en cuerpo y alma!, no me queda ya la menor duda, —exclamó el amante de Adelina al quedarse solo.

Y levantando el tapiz de la puerta del despacho,

penetró en la estancia, y dejóse caer en un diván, diciendo:

—Creo que no puedo encomendar mi negocio en mejores manos. Se lo diré todo, y después que salga el sol por Antequera.

Y nuestro jóven, tranquilo como todo hombre cuando toma una resolución firme en un asunto difícil, se puso á tararear una marcha muy en boga entonces en el regimiento de guardias valonas.

Cuando Zúñiga se encontraba más descuidado, el doctor presentóse ante él.

El ruido de sus pasos, apagado por la alfombra que cubría el pavimento, le permitió llegar hasta cerca del joven sin que éste se apercibiera.

Al notar su presencia no fué dueño de reprimir un movimiento nervioso que hizo brotar una sonrisa en los labios de Estrañi.

Todo cuanto con éste se relacionaba tenía el privilegio de impresionar al flamante coronel.

—Quieto, amigo mío: no os molestéis, pues voy á tomar asiento á vuestro lado,—profirió el doctor sonriendo.

Efectivamente, sentóse junto á Zúñiga, y añadió:

—Tenía la seguridad de que vendrÍais á verme esta noche, y por eso previne al criado al dirigirme á la cámara de nuestra amable soberana.

—¿Que tenfais la seguridad de recibir esta noche mi visita?

—Eso he dicho.

—Y ¿por qué razón abrigabais esa certeza?

—Muy sencillo: porque adivinaba el efecto que había de producirnos la entrevista con el ministro.

—¿Lo adivinabais?

—De tal manera, que si vuestra memoria no os es infiel, recordaréis que os hice una insinuación bien transparente.

—Es verdad; pero hice la tontería de no tomarla en cuenta, y ese descuido es causa de que me vea ahora en el atolladero en que me encuentro.

—¡Ya, ya! Grimaldi es capaz de poner en un disparadero al hombre más cauto.

—Tenéis razón.

—Pero, en fin, todo se arreglará, no tengáis cuidado.

—¿Cómo no he de tenerle, encontrándome en el trance en que me veo?

—¿En qué lío se encontrará envuelto este muchacho?—pensó el doctor, que quería aparecer enterado, siendo así que ignoraba por completo lo que entre el ministro y el coronel había sucedido.

Para ver si conseguía que el mismo Zúñiga le refiriese lo ocurrido sin conocer su ignorancia, añadió:

—Os he dicho que todo se arreglará.

—¿Y cómo?

—Muy sencillamente: siguiendo al pie de la letra

las instrucciones que el ministro os ha dado y procurando complacerle á todo trance.

—¡Ira de Dios! ¿Y sois vos el que me aconseja de este modo?

—Yo, sí.

—Y ¿sabéis lo que el ministro exige de mí?

—Por lo mismo que lo sé os aconsejo de la manera que lo hago, —replicó Estrañi con gran aplomo.

Zúñiga, desesperado ante aquella sangre fría, exclamó con vehemencia:

—¿Es decir que aprobáis que engañe á Adelina, que la robe una noche del convento en que se encuentra, y que la arroje en brazos de la elevada persona que con tan ardiente interés la desea?

—¡Fuego del cielo! Ese infame marqués no desiste de sus propósitos, y pretende que este pobre muchacho le saque las castañas del fuego. ¡Ah! pero yo daré al traste con sus villanas intenciones, —se dijo Estrañi, mientras procuraba aparentar una tranquilidad que estaba bien lejos de sentir.

Zúñiga, cada vez más exaltado, continuó:

—¿Os parece bien que yo sea un infame, y que ciña á mi cintura una faja de general ganada por medio de una villanía, en vez de conquistarla peleando noble y lealmente en el campo de batalla? Esto es lo que me vería precisado á hacer para cumplir el encargo del ministro. ¿Os atreveréis aún á aconsejarme que obedezca sus órdenes?

—No sólo me atrevo á aconsejároslo, sino que os

prevengo que si no queréis dejar de ser mi protegido, es preciso que desde esta misma noche empecéis á seguir con el mayor ardor el plan que el ministro os ha encomendado.

Zúñiga alzóse de su asiento de una manera nerviosa, y lanzando al doctor una mirada llameante, le dijo:

—¡Vive Dios que no sé cómo he tenido calma para escucharos! Muy cínico y muy despreciable me pareció el ministro al atreverse á proponerme semejante villanía; pero aun más despreciable me parecéis vos al aconsejarme en la forma que lo hacéis.

—Contened la lengua, señor atolondrado, que ninguna culpa tengo yo de que seáis tan torpe y tan poco hábil, pretendiendo, como pretendéis, hacer la vida del palaciego. Al hombre se le ha concedido la facultad de hablar para que cuando le convenga exprese con su palabra lo contrario que siente su corazón.

—¡Ah! ¿Luego me habéis aconsejado de un modo distinto al que sentís?

—Os he aconsejado de la manera que os conviene y como á mí me conviene también.

—¡No os comprendo! porque si obedezco al ministro, expongo á un riesgo seguro á la mujer á quien adoro.

—No lo creáis.

—¿Cómo que no lo crea? Pues ¿contra quién ha de ir dirigida la intriga sino contra ella?

—¿Y eso qué?

—Que ella sería la víctima, si yo me prestase á tan infame farsa.

—¡Eso nunca!

—¿Por qué?

—Porque yo impediré que las bastardas intenciones del ministro se realicen.

—¡Vos! —exclamó Zúñiga admirado.

—Yo, que os tengo ofrecida la mano de Adelina, y que os repito que seréis su esposo á despecho de las intrigas de todos los ministros del mundo.

Zúñiga, al oír estas palabras, exhaló un grito de satisfacción; y apoderándose de una de las manos del doctor, la estrechó con fruición inmensa entre las suyas, diciendo:

—¡Ah! Sois el mejor de los amigos. Perdonadme si, ofuscado, os he ofendido con mis palabras.

—Vos no me ofendéis nunca.

—Gracias, doctor.

Estrañi se puso en pie, diciendo al joven:

—La tertulia de la reina terminará dentro de una hora, y necesito volver á la regia cámara antes que su majestad se retire.

—Os dejo, pues, señor.

—Seguid al pie de la letra mi consejo, y dejad de mi cuenta lo demás.

—¿De manera que insistís en que secunde los planes del ministro?

—Sí.

—Lo haré, puesto que me lo ordenáis; pero os ase-

guro que no me explico de ninguna manera vuestros propósitos.

—Voy á desvanecer vuestras dudas, para que cese vuestra intranquilidad. Si no cumplís con la misión que habéis recibido, Grimaldi os hará el blanco de su odio, y encomendará á otra persona el encargo que ahora tenéis vos. Si esto sucediere, os habrísais granjeado la enemistad del ministro, y tal vez la de esa elevada persona á quien hicisteis referencia, y Adelina se encontraría amenazada de un verdadero peligro.

—¿Creéis acaso que ella, que me tiene jurada una fe ciega, admitiría los galanteos de otro hombre?

—Creo que no; pero sé por experiencia que cuando, como en este caso, sobran la influencia y el dinero, se puede obligar á una mujer á que haga muchas cosas en contra de su voluntad.

—Decís bien.

—El oro es un talismán tan poderoso, que abre todas las puertas, ciega todos los ojos y hace del servidor más leal el cómplice más obediente. Todos estos riesgos se evitan con que sigáis al pie de la letra mi consejo. Os tomáis días. Visitáis á Adelina y á su madre, como á amigo que sois de la una y amado de la otra, y vais dando paulatinamente cuenta al ministro de vuestros adelantos en la empresa. De este modo el tiempo pasará, y es muy fácil que la caída del ministro nos ahorre el cuidado de buscar el desenlace á esa aventura.

—¡Ah! ¿Creéis que el ministro caerá?—preguntó con interés el joven.

—Otras cosas hay más difíciles. Ahora separémonos.

Y el doctor, estrechando la mano derecha del joven, salió de la estancia.

Pocos instantes después, Zúñiga abandonaba el palacio, dirigiéndose á la posada donde se hospedaba.





CAPITULO XCIV

Zúñiga preocupado.

UNCA se había sentido don Juan de Zúñiga tan preocupado como aquella noche.

El trayecto que mediaba entre el palacio y su casa lo recorrió como un sonámbulo, sin darse cuenta de lo que hacía.

Verdad es que le habían pasado cosas bien extraordinarias.

Su entrevista con el ministro y su conferencia [con el doctor le habían impresionado poderosamente.

Agitado por el torbellino de pensamientos que hervían en su cerebro, razonaba de este modo:

—¿Conque es decir que para medrar en la corte es



necesario proceder de distinta manera que se piensa? ¿Es preciso ser un solapado y un artero, y prestarse á llevar á cabo las acciones más viles, si no quiere uno exponerse á ser el blanco de la ira de los poderosos? ¡Oh! ¡Esto no es para mi carácter! Yo soy enemigo irreconciliable del fingimiento; y aunque me violente mucho, me va á ser imposible la palabra que he dado al doctor.

Yo no puedo engañar á Adelina, ni aun en broma.

Yo no puedo ni quiero hacer creer al ministro que trabajo para que sus torpes deseos se realicen.

Voy á escribirle diciéndole que amo á Adelina con toda mi alma, y que aunque me cueste la vida, estoy dispuesto á partir de una estocada el corazón del miserable que intente arrebatarme la mujer á quien idolatro.

Tratándose de ella, que es la gloria de mi alma, con el mismo rasero mediré al rey que al último mendigo.

Nada de vacilaciones ni de fingimientos. La verdad desnuda, y salga el sol por Antequera.

Y don Juan, decidido á llevar á cabo aquella resolución, tan en armonía con su carácter impetuoso, pero noble y honrado, levantó la cabeza con un movimiento enérgico, y prosiguió su camino, satisfecho como el hombre que ha resuelto el problema que le preocupaba.

Al penetrar en su posada díjole al primer criado que encontró al paso:

—Llévame á mi cuarto recado de escribir.

—En seguida, señor.

Y Zúñiga se aventuró por la escalera que conducía al piso en que habitaba, hilvanando en su imaginación lo que iba á escribir al ministro.

Pero el hombre propone y Dios dispone; y nuestro joven, que se encontraba resuelto á escribir aquella carta así que llegase á su habitación, se vió en la imposibilidad de hacerlo.

Su amigo Rogelio Massi, que le esperaba hacía más de una hora, le dijo al verle aparecer:

—¡Gracias á Dios que vuelvo á echarte los ojos encima!

Zúñiga hizo un movimiento de disgusto al ver á su amigo, porque su presencia le contrariaba.

Rogelio, que lo advirtió, púsose en pie, diciendo:

—Páreceme que mi presencia te contraría. Si es así, habla con franqueza y te dejaré solo en el instante. Los verdaderos amigos no deben ser molestos ni importunos nunca.

Zúñiga, conociendo la razón que para hablar así asistía á su amigo, le tendió los brazos, diciendo:

—Perdóname, Rogelio, y ten en cuenta que desde que nos separamos esta mañana me han sucedido cosas tan extrañas, que son más que suficientes para perturbar cabezas mucho más firmes que la mía. Al llegar aquí era presa de una preocupación que es la que me ha obligado á hacer involuntariamente el gesto de sorpresa que te ha ofendido.

—Ofenderme no, porque te aprecio tanto, que nada de lo que tú hagas puede ofenderme á mí.

—Gracias por el concepto que te merezco, y que nunca verás desmentido por mis acciones, pues antes de hacer nada contra ti ó contra tu familia me arrancaríá la existencia,—repuso Zúñiga con vehemencia.

—Te creo sin necesidad de que lo jures,—replicó Rogelio fijando en su amigo una mirada muy significativa y prorrumpiendo al mismo tiempo en una alegre y ruidosa carcajada.

Zúñiga, sorprendido por aquel arranque de hilaridad, repuso con acento grave:

—¿Dudas acaso de la sinceridad de mis palabras?

Rogelio volvió á reir más ruidosamente al ver la actitud de su amigo.

Éste, amostazado por la burla de que se creía objeto, añadió:

—¡Vive el cielo que á no profesarte el fraternal afecto que te profeso!...

Rogelio no le dejó terminar, y alzándose de la silla que ocupaba, le interrumpió con exagerado acento melodramático, diciendo:

—Sí, me profesas un cariño tan grande, tan inmenso y tan fraternal, que admites el depósito de cuantos secretos encierra mi alma, que te revelan mis labios, y con una ingratitud y una reserva traidoras me ocultas cuidadosamente los verdaderos sentimientos de tu corazón.

—¡Ah!

—Pero como todas las personas no son tan poco francas como tú, hoy mi madre y mi hermana Adelina, que han sabido tu regreso con tanto placer y con tanta alegría como el mío, me han revelado el secreto que tú tan cuidadosamente me ocultabas.

—¡Ah! ¡La condesa sabe también!...

—Todo; porque mi pobre hermana, al creerte muerto, la reveló el estado de su corazón.

—Y tu madre, ¿rechaza ó aprueba nuestros amores?

—No lo sé, ó mejor dicho, no quiero decirte cómo opina, en justo castigo de la poca confianza con que me has tratado, —respondió Rogelio sonriendo.

Zúñiga, conociendo por la expresión del rostro de su amigo que la condesa aprobaba sus relaciones, y sintiendo que el gozo henchía su alma, exclamó:

—Bien: guarda toda la reserva á que te da derecho lo que calificas de falta de franqueza en mí, y que no fué otra cosa que respeto profundo á lo ilustre y elevado de tu linaje. Yo me sentí enloquecido por los encantos de Adelina desde el momento que la vi por primera vez. La revelé mi pasión cuando me fué imposible encerrarla por más tiempo en el fondo de mi pecho.

—Sigue, sigue haciendo confesión general, y ya veremos si mereces que se te absuelva.

—Cuando me vi correspondido, creí volverme loco de alegría. Pero mi contento trocóse casi instantáneamente en la más amarga desventura. ¿Quién era yo? ¿Qué posición era la mía para aspirar á la mano de la

más hermosa y la más noble de las mujeres? Este pensamiento me desesperó, y me propuse ver si podía arrancar de mi alma aquella pasión que era mi gloria y mi martirio. Cuando me convencí que era imposible, me propuse morir ó hacerme digno de mi amada, conquistándome con mi acero el nombre y la posición que me negó la fortuna.

Hasta haber conseguido mi deseo me juré á mí mismo no revelar á nadie mi pasión. Por eso nada te dije ni nada te hubiera dicho hasta que me hubiera creído con condiciones suficientes para ser merecedor de formar parte de tu noble familia. Esta y no otra ha sido la causa de mi silencio, el fundamento de mi reserva. Ahora tú dirás si mi culpa merece ó no ser perdonada por tu amistad.

—Merece ser perdonada; pero como no puede haber absolucion sin penitencia, voy á imponértela en el acto, —replicó Rogelio sonriéndose.

—Te escucho, pues.

—Mañana irás á ver á mi madre y á mi hermana.

—¡Qué ventura!

—No te impacientes, y óyeme. A mi hermana, que desea verte con la impaciencia del que encuentra la felicidad que lloró perdida, y á mi madre, á quien debes dar gracias porque aprueba tu pasión y te dará con verdadero placer el nombre de hijo.

Zúñiga, delirante de contento, se arrojó en brazos de su amigo, estrechándole con la mayor efusión, exclamando:

—¡Ah Rogelio, tú no puedes figurarte la inmensa satisfacción que con tus palabras me haces experimentar! Los que aseguran que no existe en la tierra la felicidad absoluta, es porque no se han encontrado nunca en la situación en que yo me encuentro en este instante. Te juro que me considero tan feliz, que no me cambiaría en este momento por el monarca más poderoso del mundo.

—¡Quién pudiera decir otro tanto! —repuso Rogelio, exhalando un suspiro.

—¡Cómo! ¿Pues acaso no eres tú feliz también?— preguntó Zúñiga admirado.

—Yo soy el hombre más infeliz que existe en la tierra.

—Pues ¿qué te pasa? Habla, y veamos si mi amistad puede hacer algo en tu favor.

—No puedes hacer nada.

—Si es como dices, tendré al menos el placer de consolarte. Ya sabes que las penas se aminoran cuando se confían á quien de corazón se duele de ellas.

—Lo sé; y sólo en ese sentido y con esa esperanza, voy á comunicarte lo que me sucede.

—Habla, que te escucho con verdadero interés.

—Desde que llegamos á Madrid no he recibido más impresión buena que la noticia de tus amores con mi hermana.

—Gracias, amigo mío.

—Ésa ha sido la única nota agradable de mi entrevista con mi familia, pues toda ella ha sido destinada

á darme pormenores de la trágica muerte de mi padre.

—¿Ocurrió como se cuenta?

—Sí; pero no hablemos de ese asunto, cuyo recuerdo me hace un daño grande.

—Habla, habla de otra cosa.

Rogelio hizo una pequeña pausa, después de la cual continuó diciendo:

—Después de ver á mi familia me dirigí á palacio á ponerme á las órdenes del rey, en cumplimiento de la orden que recibí en Lima. En cuanto llegué y me hice anunciar, fuí introducido en la cámara del soberano. No puedes figurarte la impresión que mi presencia produjo al monarca.

—¡Impresión!— exclamó Zúñiga con extrañeza.

— Sí.

—¡Es bien raro lo que dices!

—Lo mismo me ha parecido á mí; pero no tengo duda alguna respecto á lo que te afirmo, porque á pesar de la natural emoción que me producía la persona del rey, noté clara y distintamente que su semblante palideció, y que sus ojos brillaron humedecidos como cuando los arrasan las lágrimas.

—Me admiro de oírte; y si lo que advertiste no fué causado por un efecto de óptica ó una aberración de tus sentidos, no acierto á explicármelo.

—Lo mismo me sucede á mí, y eso que desde entonces me afano buscando la clave de ese enigma.

—Continúa á ver si por lo que después te sucediera podemos descubrir algo que aclare nuestras dudas.

—Aquella impresión que brilló en el semblante del rey desapareció con la rapidez del relámpago. Me acerqué á su majestad, puse una rodilla en tierra y besé la mano que el monarca me alargó. En aquella actitud respetuosa esperaba ser interrogado. Pero el rey exclamó entonces con voz serena y firme:

—Alzad, señor conde de Massi, y recibid mi parabién por la bizarría y el heroísmo con que habéis peleado por el esplendor de mi trono y la gloria de la patria. Digno os habéis hecho de nuestro real aprecio, y para demostrároslo os nombramos coronel, agregándoos desde este momento á nuestro cuarto militar.

—¡Bravo, Rogelio! No sabes el placer que me causa el que en un mismo día nos veamos los dos convertidos en flamantes coroneles.

—¿Tú también? —exclamó Massi con inmensa alegría

—También: su majestad ha tenido la dignación de elevarme á ese empleo creyéndome muerto.

—¡Magnífico!

Y los dos amigos se confundieron en un nuevo abrazo, dándose mutuamente la enhorabuena.

Pasado este momento de expansión, Zúñiga reanudó el diálogo suspendido, diciendo:

—Entonces, ¿qué razones tienes para considerarte desgraciado?

—¡Ah! ¿No adivinas el motivo de mi disgusto?

—No.

—¿Pues no sabes que me dejé al salir para España

mi vida, mi gloria y mi ventura en América? ¿O no recuerdas que estoy tan perdidamente enamorado de Gloria como tú puedas estarlo de mi hermana?

—Perfectamente lo recuerdo.

—¿No sabes que mi enlace debía verificarse á mi regreso á Lima, y que al incorporarme el rey á su cuarto militar, mi regreso al Perú se retrasa indefinidamente, y se aplaza, por lo tanto, esa boda en la que tengo yo cifrada la dicha de mi vida?

—Y ¿eso te apura y te desespera?

—¡Pues no ha de apurarme!

—Pues no sé por qué, cuando esa contrariedad puede remediarse bien fácilmente.

—¿Cómo?

—El coronel Larde y su familia, ¿son acaso americanos?

—No, que son españoles, nacidos en Granada.

—Pues entonces, en la imposibilidad de ir tú á reunirte con ellos, se zanja el conflicto haciendo que tus futuros suegros vengán aquí á reunirse contigo. La guerra ha terminado en aquellos remotos climas, y no creo que poniendo en juego nuestras influencias, sea cosa muy difícil conseguir que el rey disponga que el coronel regrese á España.

—Tienes razón.

—¡Ah! ¡Si me fuera á mí tan fácil disipar la tormenta que amenaza mi dicha!—exclamó Zúñiga lanzando un profundo suspiro y dejando ver en su semblante la expresión de una gran contrariedad.

Rogelio fijó en el rostro de su amigo una mirada investigadora, y viendo la transformación que en él se había operado, repuso:

—Pero ¿hablas en serio?

—Sí; y como no debe haber de hoy en adelante secreto alguno entre nosotros, y la causa de mi pesar te afecta á ti muy directamente, voy á revelarte lo que me preocupa é inquieta.

—Habla.

—¿Recuerdas la profunda preocupación que embargaba mi ánimo cuando me viste llegar aquí, y que me obligó, á pesar mío, á hacer al verte la demostración de disgusto que notaste?

—Sí lo recuerdo.

—Pues bien: vas á saber la causa que á obrar así me impulsaba.

Y Zúñiga refirió á su amigo cuanto le había ocurrido con el ministro de la Guerra, su entrevista con el doctor Estrañi, y su propósito firmísimo de dar al traste con aquella infame intriga, dirigiendo al marqués de Grimaldi la carta que había pensado.





CAPITULO XCV

Donde Rogelio persuade á Zúñiga.



E ninguna manera debes escribir esa carta,—exclamó Rogelio con explosión cuando su amigo acabó de hablar.

—¿Cómo que no debo escribirla?— preguntó Zúñiga con extrañeza.

—No debes escribirla, porque es una tontería proceder noblemente con un enemigo tan falaz y tan artero como Grimaldi.

—¿Es decir que piensas en este caso del mismo modo que el doctor?

—Exactamente.

—Mira, Rogelio, eso será todo lo hábil que quieras, pero está en oposición completa con mis inclinaciones

y con mi carácter, y no puedo ni quiero hacerlo. Yo necesito dar salida á la bilis que me ahoga y decirle á ese hombre las verdades del barquero.

—¿Y con eso crees quedarte ancho y satisfecho?

—Sí, ¡y tan satisfecho!

—Pues bien: ¿sabes lo que conseguirías obrando de tan imprudente manera?

—¿Qué?

—No sólo perderte, como te dijo muy bien el doctor, sino perderme á mí, comprometer á mi hermana y matar á disgustos á mi noble madre.

—¡Rayos y truenos!—exclamó con explosión Zúñiga descargando un puñetazo tan tremendo sobre la mesa que hizo crujir el tablero.

Después de este desahogo, tan natural en su carácter, añadió:

—¿Conque es decir que en esta tierra, á quien hemos dado en llamar patria de la hidalguía y de la caballerosidad, no puede procederse honradamente sin exponerse á mil peligros?

—¡Parece imposible que eso te asombre después de haberte sucedido las cosas que te han pasado! Un sentimiento de amistad te impulsa en un momento supremo de mi vida á proteger mi fuga, y pierdes tu carrera exponiéndote á un severo castigo. Un deber de galantería te hace defender á una dama, y porque en franca y noble lid das una estocada á tu adversario corres un nuevo riesgo. Salvas una gruesa suma del Estado, dando al traste con la partida de bandoleros

que querían apoderarse de ella, y la calumnia se ceba en tu intachable reputación. Te portas como un héroe en África, y sólo se acuerdan de recompensar tus servicios cuando te creen muerto.

—¡Es verdad!

—Pues bueno: al que le han pasado estas y otras muchas cosas, ¿por qué se ha de extrañar de lo que sucede en España?

—Voy creyendo que tienes razón.

—Déjame concluir.

—Prosigue.

—Dime: ¿qué juicio formarías de un hombre que con las manos atadas intentara medirse con un gigante armado de punta en blanco? ¿No le tomarías por un imbécil ó un loco?

—Claro es que sí.

—Pues si llegas á hacer lo que intentas, ese mismo desventajoso concepto formarán de ti las personas que te conozcan.

—Pero es que yo no considero un gigante al ministro de la Guerra.

—Comparado con cualquiera de nosotros, lo es.

—No lo creo así.

—Porque la pasión te ciega, no dejándote apreciar las cosas tal y como son. El ministro goza de la confianza del rey...

—Hasta cierto punto, amigo mío.

—Hasta el punto más que suficiente para disponer, si se le antoja, que nos dejen de paisanos ó nos desti-

nen al ejército de Filipinas ó del infierno por toda nuestra vida.

—¡Vive el cielo que tienes una manera de argüir!...

—Que desespera, ¿no es verdad?

—No sólo que desespera, sino que le hace á uno hasta renegar de un país en que tales cosas suceden, y de un monarca que tolera tamañas injusticias.

—No todas las arbitrariedades que cometen los ministros son conocidas por los reyes. Recuerda si no que á propósito de esto dice Cervantes: «Si la verdad llegase á los oídos de los príncipes, otros tiempos correrían.»

—Dices bien.

—Ten en cuenta que en rededor de todos los reyes, y hasta de todos los hombres que ocupan altos puestos, se forma por los oficiosos y los aduladores una atmósfera que les envuelve, impidiéndoles ver con claridad lo que ocurre fuera de aquel círculo en que viven.

—Tienes razón.

—De no ser así, ¿crees tú que los encargados de regir los destinos de las naciones cometerían la mitad de las torpezas que cometen? Además de esto, es tan halagador, suena tan bien y tan dulcemente el lenguaje de la lisonja y de la adulación en todos los oídos, que los reyes, que, después de todo, son hombres con las mismas debilidades y los mismos defectos que los demás, siéntense inclinados hacia el que más lisonjea sus caprichos, y conceden su influencia y se dejan ex-

plotar, no por el que más vale, sino por el que mejor y más asiduamente les adula.

—¿Qué verdades tan amargas y tan desgarradoras dices!

—Pero verdades al fin que es preciso no olvidar si no quiere uno ser aplastado por sus consecuencias. Entre la persona del ministro y las nuestras, por más razón y más justicia que nos asista, ¿crees tú que el rey vacilaría siquiera? La cuerda quebraríase por lo más delgado, y ese hombre jugaría con nosotros á su antojo, no tengas la menor duda.

—No la tengo ya: tus razones me han convencido de que para poder vivir es preciso disimular.

—Sí, es necesario amoldarse á las circunstancias, y hacer más uso de la astucia que del valor, y de la doblez que de la franqueza.

—No parece más sino que has aprendido en la misma escuela que el doctor.

—Puede ser que no te equivoques,—repuso Rogelio sonriendo.

—¿Que acaso no me equivoque, dices?

—Sí, porque el doctor ha aprendido indudablemente esas y otras muchas cosas en brazos de dos maestras cuyas lecciones son tan dolorosas y tan crueles, que se graban en el alma con caracteres de fuego.

—¿Te refieres á la experiencia?

—Y á la desgracia.

—¡Triste cosa es la vida cuando se la estudia á través del cristal del desengaño!

—Por eso es una verdad incontestable que al paso que blanquea la cabeza se ennegrece el corazón.

Los dos amigos guardaron silencio durante unos momentos.

Rogelio fué el que reanudó la conversación, diciendo:

—Conque desistes de escribir al ministro, ¿no es verdad?

—Sí, desisto.

—Mira, cuando se recibe una ofensa de una persona de tan elevada posición que no puede uno vengarse sin exponerse á una desgracia segura, lo conveniente es tener paciencia y mala intención.

—¿Como los jesuitas?

—Eso es.

—A las personas poderosas no se les debe molestar con un alfilerazo cuando le ofenden á uno, sino esperar la ocasión oportuna y darlas una estocada en el corazón.

—Eso haré con ese ministro intrigante si la fortuna me ayuda.

—O yo, si la suerte me depara una circunstancia propicia. Pero mientras llega ese caso, no tienes más remedio que disimular, haciéndole creer que obedeces ciegamente sus órdenes.

—Así lo haré, puesto que nos conviene á todos.

—Además, mientras desempeñas cerca del ministro ese papel que la prudencia te impone, yo creo que será muy conveniente inclinar el ánimo de mi madre

para que se lleve á cabo cuanto antes tu enlace con mi hermana.

—Sí, sí, —exclamó Zúñiga loco de alegría.

—Deja ese asunto de mi cuenta.

—Te voy á deber más que la vida, puesto que vas á darme la suprema felicidad.

—Mañana mismo, después que visites á mi madre y á mi hermana, plantearé yo con ella esa cuestión.

—Gracias, Rogelio: no puedes imaginarte lo dichoso que me haces con tus palabras.

—Pero, chico, charlando, charlando se nos ha venido encima la aurora. Mira ya cómo se filtran por las rendijas de esa ventana los primeros fulgores del día.

—Es verdad: se nos han pasado las horas como minutos.

—Hagamos punto final y recojámonos á dormir algunas horas.

—Me parece que no ha de serme posible pegar los ojos. Ruedan amontonados en mi mente una multitud de pensamientos que no me dejarán dormir.

—Pero tomando la horizontal, si no descansa el espíritu, por lo menos descansará el cuerpo.

Los dos jóvenes se estrecharon cariñosamente las manos, y separándose se dirigieron á sus respectivos dormitorios.

En la tarde del día siguiente, Zúñiga abandonaba

con el alma llena de risueñas esperanzas el convento de las Comendadoras.

Josefina y su hija le habían recibido con el mismo cariño que á Rogelio.

Al repasar el amplio zaguán del monasterio, el anciano jardinero Sebastián se quitó su puntiagudo gorro de seda, é hizo al joven un respetuoso saludo, diciendo:

—Que el cielo guíe á vucencia, señor coronel.

Zúñiga puso entonces mano á uno de los bolsillos de su casaca, y sacando un duro, se le puso en la mano á Sebastián, diciéndole:

—Refrescad en mi nombre.

—Gracias, señor, —respondió el anciano haciendo una genuflexión tan profunda que rayó en ridícula.

Don Juan salió á la calle.

El pobre jardinero le vió alejarse sin perderle de vista hasta que dobló la esquina.

Entonces Sebastián se dirigió al interior del monasterio, diciendo:

—Es tan buen mozo como generoso.

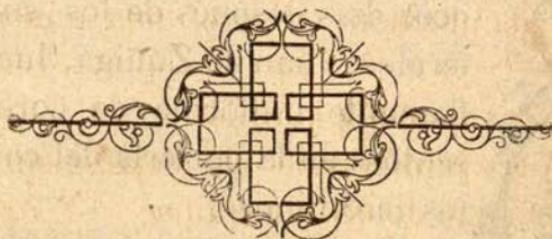
Desde aquel día, no hubo para el bueno de Sebastián una persona más excelente en el mundo que el coronel Zúñiga.

No hay nada como la generosidad para granjearse simpatías.

El que da puede estar seguro de tener amigos en todas partes.

El convencimiento íntimo de esta verdad es lo que aumenta, á nuestro juicio, esa sed hidrópica que inspira el oro.

Tanto vales cuanto tienes: verdad amarga y desconsoladora, pero verdad al fin.





CAPITULO XCVI

Un sobrino resucitado.



ocos días después de los sucesos referidos, Juan de Zúñiga, luciendo su flamante uniforme de coronel, presentóse en la portería del convento de los jerónimos.

Su pensamiento era visitar á su tío el prior, á fin de que le entregara el despacho de coronel, que, como sabemos, le mandó el monarca al creer muerto á don Juan en Africa.

El hermano portero, que era un lego que no conocía nuestro joven, pues hacía sólo meses que se encontraba en el convento, al ver su arrogante apostura, salió á su encuentro, preguntándole con la mayor humildad:

—¿Qué desea el señor coronel?

Zúñiga, fijando sus ojos en su interlocutor, en vez de responderle, le interrogó de este modo:

—Pues ¿dónde se encuentra el hermano Anselmo? ¿Acaso ha abandonado ya esta portería, que era su puesto favorito?

El lego, poniendo el gesto más compungido que pudo, replicó:

—Fray Anselmo pasó á mejor vida hace ya dos meses.

—¿De seguro que habrá muerto de una indigestión? Comía como un lobo.

—¡Un asiento se le llevó al otro mundo!

—¿No digo? ¡Si el bueno del lego era muy capaz de comerse de una sentada el rancho de una compañía!

—Sí, tenía buen apetito, —profirió el nuevo portero sonriendo.

—Dios le haya perdonado.

—Amén.

—Ahora pasemos á otra cosa. El reverendo prior don Bernardo, ¿se encuentra visible?

—En este momento debe hallarse rezando sus oraciones.

—Bueno, pues hacedme el favor de anunciarle mi visita.

—¿Qué debo decirle, señor?

—Que su sobrino, el coronel de guardias valonas don Juan de Zúñiga, desea verle.

—¡Ah! ¿Sois sobrino del señor prior?

— Sobrino carnal, sin poder negarlo.

— Voy en seguida á anunciarle vuestra visita.

Y el lego internóse en el convento á cumplir su encargo.

Zúñiga penetró entonces en el claustro del piso bajo, y se puso á pasear, haciendo resonar sobre el duro pavimento de mármol los tacones de sus altas y lustrosas botas y sus brillantes espuelas.

Algunos monjes, sintiendo excitada su curiosidad por aquel ruido, asomáronse á ver quién era el que le ocasionaba; pero ninguno reconoció en el apuesto coronel al novicio de otro tiempo.

El hermano portero llegó á la celda del prior, y después de dar con los nudillos dos leves golpes en uno de los tableros de la puerta, profirió con la más respetuosa inflexión de voz las siguientes palabras:

— ¡*Deo gratias!*

— A Dios sean dadas, — replicó con bien poca mansedumbre el prior, á quien el llamamiento le molestaba.

Hubo un momento de silencio, después del cual el reverendo añadió:

— ¿Qué se os ocurre, hermano portero?

— Anunciar á su reverencia la visita de su señor sobrino el coronel don Juan de Zúñiga.

— Pero ¿qué es lo que decís, desdichado? — exclamó

el reverendo, cerrando el breviario en que leía y poniéndose de pie como á impulsos de un resorte.

La puerta de la celda se abrió, y el hermano portero, apareciendo con la cabeza inclinada y los brazos cruzados sobre el pecho, añadió:

—Padre, no hago más que repetir lo que me ha encargado el caballero que desea ver á su reverencia.

—Pero ¿cómo queréis que esa persona pueda ser mi sobrino, si el desventurado murió hace cerca de dos años en África, bajo el filo cruel de las cimitarras de los sectarios del falso profeta?

El lego no supo qué replicar; pero afortunadamente para él llegó á sacarle del atolladero la voz de Zúñiga, que deseando ver á su tío, repasó la escalera, y oyendo las últimas palabras de don Bernardo, exclamó:

—Por fortuna, querido tío, aquí me tenéis sano y salvo.

Y el joven coronel se precipitó en la celda como una avalancha.

El reverendo, al verle, no pudo contener una exclamación de alegría; y abriendo los brazos, estrechó en ellos á su sobrino con verdadera efusión.

En aquel momento había olvidado de una manera absoluta la antigua animadversión que sentía hacia el joven.

Pasadas las primeras demostraciones de cariño, el reverendo, después de secar con su pañuelo de seda de Toledo las lágrimas que el gozo agolpó á sus ojos,

compuso su semblante; y adoptando la expresión de gravedad que él creía inherente á su cargo, dijo al joven coronel:

—No puedes imaginarte la inmensa satisfacción que siento al ver que no ha resultado cierta la noticia de tu muerte.

—Lo creo, querido tío; pero sabed que entre aquellos perros infieles, momentos he tenido de no dar por mi vida dos maravedises.

—Desde que me comunicaron la noticia de tu fallecimiento no he dejado ningún día de pedir á Dios por ti, temiendo que al caer bajo el plomo enemigo no estuvieras en el estado de gracia necesario para salvarte.

—Gracias, señor, por vuestras preces, que aunque afortunadamente no he necesitado, no por eso las aprecio en menos.

—Los que profesáis la carrera de las armas descuidáis mucho la salvación de vuestras almas, siendo así que estáis siempre tan expuestos á morir.

—Tened en cuenta, tío, que la costumbre es una segunda naturaleza, y el hombre de guerra acaba por connaturalizarse con el peligro á fuerza de exponerse continuamente á él. Para los que recibieron del cielo la vocación necesaria para ejercer el sagrado ministerio que vos ejercéis, la paz del claustro es su vida, las cadenciosas notas del órgano su música regalada, y el aroma del incienso el perfume más embriagador y más apreciado. En cambio los que hemos venido á la

vida con ensueños de gloria y ambición de renombre, no podemos vivir sino en medio de los horrores de las batallas, siendo la música que más halaga á nuestro oído el estallar de la fusilería y el ronco estampido de los cañones, y nuestro perfume más agradable el humo de la pólvora. Creedme, querido tío: cuando en medio de los abrasados arenales africanos, envuelto entre una lluvia de balas y en medio de un bosque de lanzas y cimitarras, revolvía furioso mi caballo sembrando con mi acero el estrago y la muerte entre los enemigos de nuestra religión y nuestro rey, ni un instante siquiera cruzó por mi mente el temor de morir.

—Te escucho con verdadero asombro, porque nunca pasó por mi imaginación que tú hubieras nacido con inclinaciones de héroe.

—Tío, nací bajo el cielo hermoso de España, de esta patria querida donde no existe una clase social que no haya dado varones eminentes y guerreros esforzados.

—Sí, tienes razón; pero, francamente, no podía yo presumir siquiera que el hijo de un humilde labrador, y un mal estudiante de latín por añadidura, pudiese transformarse en tan pocos años en todo un coronel de la guardia valona.

—Porque no recordáis que un humilde pastor, como Viriato, se hizo un caudillo tan famoso que logró con sus bizarros hechos llevar el espanto al corazón de la soberana del mundo, de la orgullosa Roma.

—Es verdad.